**Hans-Georg Gadamer**

**Verdad y método** **II**

Ediciones Sígueme - Salamanca 1998

**Página 43**

**CAPÍTULO 3**

**La verdad en las ciencias del espíritu (1953)**

No es fácil que las ciencias del espíritu encuentren una comprensión correcta en la opinión pública en lo concerniente a la modalidad de su trabajo. Es difícil poner de manifiesto lo que hay de verdad en ellas, lo que ellas nos revelan. Esto sería más fácil en aquellos ámbitos de las ciencias del espíritu cuyos objetos son de naturaleza sensible. Cuando un economista habla hoy de la importancia de su trabajo para el bienestar público, todos le entienden. Lo mismo ocurre si un científico del arte nos presenta un objeto bello, aunque proceda de la excavación de un yacimiento muy antiguo, pues lo muy antiguo despierta, extrañamente, un interés general. Al filósofo, en cambio, le incumbe presentar, en lugar de resultados visibles y convincentes para todos, lo problemático y lo que da que pensar, lo que se ofrece al individuo pensante en la labor de las ciencias del espíritu.

**I**

El concepto moderno de ciencia aparece marcado por el desarrollo de la ciencia natural del siglo XVII. A él debemos el creciente dominio sobre la naturaleza, y cabe esperar que la ciencia del hombre y de la sociedad nos permita alcanzar un dominio similar del mundo humano- histórico. Pero se espera aún más de las ciencias del espíritu al ver que el creciente dominio de la naturaleza, como producto de la ciencia, acrecienta el malestar en la cultura en lugar de reducirlo. Los métodos de la ciencia natural no captan todo lo que vale la pena saber, ni siquiera lo que más vale la pena: los últimos fines, que deben orientar todo dominio de los recursos de la naturaleza y del hombre. Son conocimientos de otro género y otro rango los que cabe esperar de las ciencias del espíritu y de la filosofía que subyace a ellas. Y así es lógico hablar, no ya del elemento común que ofrecen los métodos científicos para toda ciencia, sino del elemento singular que da un carácter tan significativo y problemático a las ciencias del espíritu.

**Página 44**

1. ¿Qué es propiamente lo científico en las ciencias del espíritu? ¿Se les puede aplicar el concepto de investigación sin reservas? Pues lo que se entiende por investigación, la búsqueda de lo nuevo, de lo nunca conocido, la apertura de un camino seguro, controlable por todos, hacia esas nuevas verdades, todo eso parece ser secundario. La utilidad de un conocimiento basado en las ciencias del espíritu parece ser más afín a la intuición del artista que al enfoque metodológico de la investigación. Sin duda cabe afirmar lo mismo de cualquier aportación genial en .cualquier esfera de la investigación. Pero la labor metodológica en la investigación de la naturaleza genera constantemente nuevos conocimientos, y en ese sentido la ciencia misma consiste en el uso de los métodos.

El uso de los métodos forma parte sin duda de la labor de las ciencias del espíritu. Se distingue también de la literatura científica popular por una cierta posibilidad de verificación; pero todo eso atañe más a los materiales que a las consecuencias derivadas de ellos. No es que la ciencia pueda garantizar la verdad mediante su metodología. En la obra acientífica de un aficionado puede haber más fondo de verdad que en la explotación metodológica del material. Se puede demostrar en efecto que el desarrollo de las ciencias del espíritu en los últimos cien años, sin dejar de tener presente el modelo de las ciencias naturales, no recibió sus más fuertes y sustanciales impulsos del gran pathos de estas ciencias experimentales, sino del espíritu del romanticismo y del idealismo alemán. Sigue viva en ellas la conciencia de los límites de la Ilustración y del método científico.

2. Pero ¿las ciencias del espíritu satisfacen realmente eso que las hace tan relevantes: el ansia de verdad del corazón humano? Al recorrer los grandes espacios de la historia en una labor de investigación y de comprensión, amplían sin duda el horizonte espiritual de la humanidad en lo concerniente a su pasado; pero el afán de verdad del presente no sólo no se aquieta de ese modo, sino que se vuelve problemático hasta cierto punto. El sentido histórico que las ciencias del espíritu crean en su seno trae consigo la habituación a criterios cambiantes que provocan la inseguridad en el uso de los propios criterios. Ya Nietzsche habló en su segunda Consideración intempestiva no sólo de la utilidad, sino también de los inconvenientes de la ciencia histórica para la vida. El historicismo, que ve en todo un condicionamiento histórico, ha destruido el sentido pragmático de los estudios históricos. Su arte refinado de la comprensión debilita la fuerza de la valoración incondicional que sustenta la realidad moral de la vida. Su culminación epistemológica es el relativismo, y su consecuencia el nihilismo.

**Página 45**

Pero la idea del condicionamiento de todo saber por las fuerzas históricas y sociales que mueven el presente no constituye sólo un debilitamiento de nuestra fe en el conocimiento, sino que supone una verdadera indefensión de nuestros conocimientos frente a las voluntades de poder de la época. Estas tendencias ponen a las ciencias del espíritu a su servicio y las degradan en instrumentos de poder gracias a los conocimientos que aportan en el plano social, político, religioso, etc. Vienen así a reforzar la presión que el poder ejerce sobre el espíritu. Son, frente a cualquier tipo de terror, incomparablemente más frágiles que las ciencias naturales, porque en ellas no hay criterios para distinguir con la seguridad de éstas lo auténtico y correcto de lo deliberadamente encubierto y falaz. De ese modo puede desaparecer la comunidad que las liga al ethos de toda investigación.

El que sopese en toda su gravedad este inconveniente propio de la verdad en las ciencias del espíritu, sobre todo si se trata de investigadores de ciencia natural y de gente profana que se nutre ideológicamente de ella, podrá remitirse a un testigo nada sospechoso: el gran físico Hermán Helmholtz habló hace alrededor de cien años sobre la diferencia entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. El rigor y el dominio con que expuso la índole peculiar de las ciencias del espíritu merecen aún hoy nuestra atención. Cierto que también él enjuició los procedimientos de las ciencias del espíritu por los métodos de las ciencias naturales y definió aquéllas partiendo de éstas, y por eso se comprende que la inmediatez con que éstas llegan a sus resultados no pudiera satisfacer su necesidad lógica. Pero vio que éste es el modo de alcanzar la verdad en las ciencias del espíritu, y que se necesitan unas condiciones humanas de otro tipo para que esa inmediatez sea concluyente. Todo lo que pertenece a la memoria, la fantasía, el ritmo, la sensibilidad musical y la experiencia del mundo es sin duda de otro género que los aparatos que necesita el investigador de la naturaleza; pero no deja de ser un instrumental, aunque no se pueda fabricar, sino que va surgiendo a medida que alguien se orienta hacia la gran tradición de la historia humana. Por eso lo válido aquí no es sólo la máxima de la Ilustración; ten el valor de utilizar tu inteligencia, sino también lo contrario: la autoridad.

Conviene precisar el sentido de esta máxima. Autoridad no es la superioridad de un poder que reclama obediencia ciega y prohíbe pensar. La verdadera esencia de la autoridad reside en no poder ser irracional, en ser un imperativo de la razón, en presuponer en el otro un conocimiento superior que rebasa el juicio propio. Obedecer a la autoridad significa entender que el otro —también la voz que resuena desde la tradición y la autoridad— puede percibir algo mejor que uno mismo. Todo el que de joven principiante ha buscado la vía de las

**Página 46**

ciencias del espíritu lo sabe por experiencia. Recuerdo que, siendo estudiante, me enzarcé en una disputa con un experto sobre una cuestión científica en la que me creía informado y que en un momento dado me dijo algo que yo desconocía. Entonces le pregunté con aspereza: ¿de qué lo sabe usted? Su respuesta fue: cuando sea tan viejo como yo, usted también lo sabrá.

Fue una buena respuesta. Pero ¿quién se atrevería a dar esa respuesta como maestro o discípulo de la ciencia natural? La mayoría de nosotros no sabe decir por qué ésta o aquella suposición de un principiante es «imposible». Es una cuestión de tacto adquirido mediante un trato asiduo con las cosas, pero que no se puede enseñar ni demostrar. En esa situación pedagógica lleva razón casi siempre el maestro experimentado y no el principiante. Hay que decir en todo caso, en relación con estas condiciones peculiares de la verdad, que no poseemos unos criterios absolutamente seguros sobre la investigación para poder distinguir entre la verdadera contribución y la mera pretensión, y que muchas veces dudamos de si nuestro aserto es tan verdadero como presumimos.

**II**

Escuchar la tradición y permanecer en la tradición es sin duda el camino de la verdad que es preciso encontrar en las ciencias del espíritu. Aun la crítica a la tradición que hacemos como historiadores sirve en definitiva al objetivo de adherirse a la auténtica tradición en la que permanecemos. El condicionamiento no es, pues, una tara del conocimiento histórico, sino un momento de la verdad misma. Debe tenerse en cuenta incluso cuando no se está conforme con él. Lo «científico» es aquí justamente destruir la quimera de una verdad desligada del punto de vista del sujeto cognoscente. Es el signo de nuestra finitud, que conviene no olvidar para tener a raya la ilusión. La creencia ingenua en la objetividad del método histórico fue una ilusión. Pero lo que viene a sustituirlo no es un insulso relativismo. No es arbitrario ni caprichoso algo que somos nosotros mismos y podemos escuchar del pasado.

Eso que conocemos históricamente lo somos nosotros mismos en el fondo. El conocimiento propio de las ciencias del espíritu implica siempre un autoconocimiento. Nada hay tan proclive al engaño como el autoconocimiento, pero nada tan importante, cuando se logra, para el ser del hombre. Las ciencias del espíritu no deben servir sólo para ratificar desde la tradición histórica lo que ya sabemos sobre nosotros mismos, sino también, directamente, para algo distinto: procede recibir de ellas un acicate que nos conduzca más allá de nosotros mismos.

**Página 47**

Por ello, no merece la pena promover aquello que no resiste a una investigación que satisface llanamente nuestra expectativa; más bien, procede reconocer —contra nosotros mismos— dónde hay nuevos obstáculos.

Pero la reflexión sobre ambas dudas implica también unas consecuencias prácticas inmediatas para nuestra labor. El que desee promover las ciencias del espíritu sólo podrá prestar ayudas concretas en contadas ocasiones. En este terreno sólo se puede ayudar a las personas con el margen de incertidumbre existente cuando el criterio de su aportación es tan poco controlable. Y si la investigación expedita no vale la pena, nos enfrentamos a la tarea apenas realizable, y que rebasa cualquier forma de administración por liberal que sea, de reconocer lo nuevo y lo fecundo que nosotros mismos no vemos porque sólo tenemos a la vista nuestros propios caminos.

**III**

Nuestras reflexiones explican por qué es tan precaria la situación de las ciencias del espíritu en la era de las masas. En una sociedad superorganizada cada grupo de intereses influye en la medida de su poder económico y social. Y evalúa también hasta qué punto los resultados de la investigación científica favorecen o perjudican ese poder. En este sentido la investigación ve siempre amenazada su libertad y el investigador de la naturaleza sabe que sus conocimientos difícilmente se abrirán paso si son contrarios a los intereses dominantes. La presión de la economía y de la sociedad se deja sentir en la ciencia.

Pero en las ciencias del espíritu esta presión se ejerce desde dentro, por decirlo así. Ellas corren el peligro de dar por bueno lo que responde a los intereses de estos poderes. Como su labor tiene un ingrediente de incertidumbre, la aprobación de otros es para ellas de especial relevancia. Esos «otros» serán, como siempre, los expertos cuando son «autoridades». Pero dado que su labor interesa a todos, la coincidencia con la opinión pública y el eco que encuentre en ella la propia investigación suele guiar inconscientemente al investigador. Se tienen presentes, por ejemplo, los intereses nacionales a la hora de escribir la historia. Todos saben lo mucho que difieren incluso entre investigadores serios si son de diferente nacionalidad. Esto no ocurre en previsión de los efectos, sino por un sentimiento patriótico que determina el punto de vista. Pero esto puede llevar fácilmente a adoptar el punto de vista que sea favorable a la influencia pública.

Y hay que afirmar que no se trata de un desvío accidental, producto de la debilidad humana; una característica de nuestro tiempo es el

**Página 48**

haber hecho de esta debilidad general un sistema de ejercicio de poder y dominio. El que maneja los recursos técnicos del servicio de noticias no sólo decide lo que se puede hacer público, sino que al controlar la publicidad puede manipular la opinión pública para sus propios fines. Precisamente porque somos mucho más dependientes en la formación de nuestro juicio de lo que corresponde a nuestra autoestima basada en la Ilustración, ese recurso posee un poder tan demoníaco. El que no reconoce su dependencia y se cree libre, no siéndolo, es incapaz de romper sus cadenas. El terror mismo se basa en que los aterrorizados se aterrorizan a sí mismos. La experiencia más descorazonadora que la humanidad ha hecho en este siglo es la de ver que la razón misma es vulnerable.

Pero las ciencias del espíritu, que saben mucho de esto, cuentan también con la posibilidad de defenderse de las seducciones del poder y de la vulnerabilidad de su razón. Porque su conocimiento propio las libra de la ilusión de esperar que una mayor dosis de ciencia les permita alcanzar los objetivos aún no logrados. El ideal de una Ilustración plena ha fracasado, y esto sugiere la misión especial de las ciencias del espíritu: tener siempre presente en la labor científica la propia finitud y el condicionamiento histórico, y resistir la autoapoteosis de la Ilustración. No pueden evadirse de la responsabilidad derivada de la influencia que ejercen. Frente a la manipulación de la opinión pública por la publicidad sesgada del mundo moderno, ellas ejercen a través de la familia y la escuela una influencia directa en el mundo adolescente. Cuando ellas se guían por la verdad, trazan la huella imborrable de la libertad.

Para concluir evoquemos un pensamiento que aparece ya en Platón: éste llama a las ciencias que constan de logoi o discursos, alimento del alma, como los manjares y las bebidas son alimento del cuerpo. «Por eso deberíamos ser igualmente desconfiados en su adquisición, para que no nos endosen una mala mercancía. Hay mucho mayor peligro en la adquisición del saber que en la compra de alimentos. Porque los manjares y las bebidas que uno compra al tendero puede llevarlas a casa en recipientes especiales y, antes de consumirlas, puede depositarlas en casa y aconsejarse de un experto para saber lo que puede comer o beber y lo que no, y en qué cantidad y cuándo. Por eso la compra no supone un gran peligro. Pero el saber no se puede llevar a casa en recipientes especiales, sino que es inevitable asimilarlo directamente en el alma una vez pagado el precio, y dejamos adoctrinar por él... para bien o para mal».(Nota 2)

Con esas palabras advierte el Sócrates platónico a un joven sobre la cautela necesaria al seguir la enseñanza de un célebre maestro de

**Nota a pie de página**

**Nota 2:** Prot. 314 ab. En Obras, Madrid "1990.

**Página 49**

sabiduría en su época. Ve con lucidez el puesto ambiguo que ocupa el saber consistente en logoi, en discursos, entre la sofística y la verdadera filosofía. Pero reconoce la relevancia especial que tiene aquí la opción justa.

Ese enfoque se puede aplicar al tema de la verdad en las ciencias del espíritu. Estas son algo específico en el conjunto de las ciencias, porque sus conocimientos presuntos o reales influyen directamente en todas las facetas humanas al traducirse en formación y educación del hombre. No disponen de ningún medio para distinguir lo verdadero de lo falso fuera de su propio instrumental: logoi, discursos. Y sin embargo, en este recurso puede encontrarse el máximo de verdad que el hombre puede alcanzar. Lo que constituye su problematicidad es en realidad su verdadera característica: logoi, discursos, «sólo» discursos.